

FRANCISCO SÁNCHEZ:
¿ESCÉPTICO ACADÉMICO O PIRRÓNICO?

Francisco Sánchez: Academic or Pyrrhonian sceptic?

Sergio GARCÍA RODRÍGUEZ
Universitat de les Illes Balears

Recibido: 2020-04-01
Aceptado: 2020-09-15

RESUMEN

La figura de Francisco Sánchez, el escéptico, ha estado siempre sujeta a distintas polémicas tanto biográficas como filosóficas. En este sentido, a lo largo de las últimas décadas se ha dado una controversia sobre si su escepticismo se debe considerar de corte académico o pirrónico. Este artículo reconstruye las aproximaciones académicas y pirrónicas que se han realizado a fin de determinar su consistencia y ofrece nuevos argumentos para defender el carácter académico de su escepticismo.

Palabras clave: epistemología; escepticismo pirrónico; escepticismo académico; filosofía del Renacimiento; Francisco Sánchez.

ABSTRACT

Francisco Sánchez, the skeptic, has been always subject to different biographical and philosophical controversies. In this sense, over the last decades, there has been a controversy over whether his skepticism was Academic or Pyrrhonian. This article reconstructs the Academic and Pyrrhonian approaches that have been proposed in order to determine their consistency. Moreover, new arguments will be offered so as to defend the academic nature of Sánchez' skepticism.

Key words: academicism; epistemology; Francisco Sánchez, pyrrhonism; Renaissance philosophy; skepticism.

1. INTRODUCCIÓN

Desde que Popkin iniciara en los años 60 la recuperación del escepticismo renacentista como antecedente constitutivo de la Modernidad, se ha redescubierto la relevancia de aquellas figuras que, como Charron, Montaigne o La Mothe Le Vayer, no se servían instrumentalmente del escepticismo, como sucediera a lo largo de la Edad Media¹, sino que representaban el resurgimiento de una genuina posición escéptica sobre la que se fraguó la crisis pirrónica de los siglos XVI y XVII. En este sentido, el caso de Francisco Sánchez y su *Quod nihil scitur* (1581) evidencia de forma clara el papel que los escépticos renacentistas desempeñaron en la constitución de la Modernidad: una crítica exhaustiva del aristotelismo, junto con un profundo análisis de los límites epistemológicos del hombre que contribuyeron decisivamente a la crisis del paradigma filosófico vigente y a la necesidad de proveernos de unos fundamentos seguros que permitieran una construcción segura del conocimiento. El influjo del escepticismo renacentista, resultado del descubrimiento de nuevos textos escépticos que adquirieron relevancia y difusión a consecuencia de los *studia humanitatis*, implicó el que un mismo filósofo aunara, en multitud de casos, influencias de varias tradiciones escépticas, lo que se ha traducido en distintas disputas interpretativas respecto al tipo de escepticismo en el que cada autor se enmarcó. Ese es el caso de Francisco Sánchez, a quien, siguiendo la expresión de Orden Jiménez (2012), podemos considerar un *filósofo desenfocado*, pues su interpretación ha sido siempre el centro de numerosas controversias, en especial por su nacionalidad, así como por el carácter escéptico que debe atribuirse a su obra. Si bien la primera de

1. El escepticismo era percibido en la Edad Media como una suerte de herramienta argumentativa, útil para destruir los argumentos del oponente. Un ejemplo claro de este uso instrumental del escepticismo lo hallamos en las críticas de reformistas como Lutero donde se llegó hasta a “negar la completa autoridad del Papa y los concilios, a afirmar qué las doctrinas que han sido condenadas por los concilios pueden ser ciertas, y que los concilios pueden errar, pues sólo están compuestos por hombres” (Popkin 1983, 23) a fin de poner en cuestión la corrección única del criterio de la Iglesia. Cabe apuntar que, junto a este uso instrumental, hubo filósofos medievales como Henry de Gante o John de Salisbury que participaron del escepticismo en un sentido más profundo, pese a ello, este movimiento no llegó a constituir una postura filosófica extendida hasta el Renacimiento.

estas parece haber quedado zanjada tras el descubrimiento de su partida de nacimiento en Tui, una villa a las orillas del río Miño, cuando este hace de frontera natural entre España y Portugal; la segunda ha continuado abierta a una lectura académica o pirrónica del escepticismo sancheziano.

El contexto en el que se enmarca Sánchez parece haber sido propicio a que recibiera la impronta de ambas corrientes escépticas, lo que ha permitido, en principio, que las dos lecturas sean admisibles. En efecto, la influencia del escepticismo académico fue preservada a lo largo de la Edad Media gracias, fundamentalmente, a las *Cuestiones académicas* de Cicerón, al *Divinae Institutiones* de Lactancio y al *Contra Academicos* de Agustín de Hipona, garantizando la pervivencia del escepticismo hasta la recuperación de su auge en el Renacimiento. Ante la difusión e importancia de estos textos –que llegaron a ser incluidos en el currículo universitario (Schmitt 1972, 43-5, 138; 1983 227-8)–, no cabe duda de la influencia que el escepticismo académico pudo ejercer en Sánchez. El Tudense refiere en reiteradas ocasiones a Cicerón, lo que indica que poseía conocimiento de su obra. Sin embargo, los posibles contactos de Sánchez con el escepticismo pirrónico son más ambiguos, pues en ningún caso se menciona explícitamente a Sexto Empírico, artífice de la reintroducción del pirronismo en Europa. A ello se debe añadir que la influencia contextual del pirronismo es prácticamente inexistente hasta el siglo XVI, pues “Solo se han descubierto unas pocas copias del libro de Sexto en las bibliotecas medievales” (Maia Neto 1997, 199) –en concreto, siete manuscritos (Floridi 1995, 63-5). Con todo, cabe espacio para sostener una duda razonable respecto a la influencia del pirronismo en el escepticismo sancheziano, dado que el contexto histórico y el lugar en el que Sánchez recibió su formación han permitido a diversos intérpretes sostener la posibilidad de que este estuviera en contacto con Gentian Hervet, uno de los primeros autores en recuperar la obra de Sexto Empírico y responsable de la edición realizada en 1569. A este respecto se debe señalar que el manuscrito original del *QNS* se remonta a 1574, por lo que es verosímil que la obra de Sánchez estuviera influida por la edición de Hervet. A ello se debe añadir el conocimiento que el Tudense manifiesta de la obra de Diógenes Laercio, en la que se hallan caracterizaciones tanto del escepticismo académico, como del pirrónico. En definitiva, la posible influencia de ambas corrientes escépticas en Francisco Sánchez, junto con las distintas lecturas que se han realizado del *Que nada se sabe*, ha conducido a realizar dos interpretaciones de su posición escéptica. Por un lado, aquellos que han sostenido que Sánchez representa un claro re-

flejo del escepticismo renacentista académico, y, por otro lado, aquellos que han defendido una interpretación pirrónica de Sánchez.

El presente artículo realizará una defensa de la interpretación académica del escepticismo sancheziano. Para ello, articularé los distintos argumentos que se han ofrecido a fin de determinar el grado de consistencia de ambas interpretaciones. Una vez se hayan expuesto las aproximaciones académica y pirrónica que se han realizado, presentaré nuevos argumentos para defender el carácter académico del escepticismo sancheziano.

2. ESCÉPTICISMO ACADÉMICO Y PIRRÓNICO: BREVE SÍNTESIS DE SUS PRINCIPALES TESIS

Dado que el objetivo del presente artículo es plantear una síntesis de las distintas interpretaciones del escepticismo sancheziano a fin de determinar cuál dispone de una mayor consistencia, será preciso realizar previamente un bosquejo inicial de las principales tesis de cada escuela escéptica. Si bien es difícil establecer una unidad filosófica plena en cada escuela escéptica, nos centraremos en aquellos rasgos epistemológicos y éticos que permiten distinguir *grosso modo* al pirronismo del escepticismo académico.

Respecto a los elementos epistemológicos, se debe subrayar, en primer lugar, el distinto acceso al conocimiento que cada una de las corrientes escépticas defiende. Así, los académicos, por un lado, sostienen que *no es posible* para el sujeto alcanzar conocimiento verdadero y definitivo, planteando como alternativa la búsqueda de un conocimiento *probable*. Es en Carnéades donde se encuentra la formulación más consistente del probabilismo, pues este defendía, de acuerdo con la interpretación de Metrodoro, que “no hay nada que pueda aprenderse, pero el sabio asentirá a cualquier cosa que no se haya aprendido, tendrá una opinión, sabiendo sin embargo que se trata de una opinión, y que no hay nada que pueda aprenderse” (Chiesara 2007, 65). La noción de *pythanon* se erige en la forma de conocimiento que permitirá guiar la praxis del escéptico académico. Con todo, pese a que se ha producido un extenso debate sobre el significado concreto del término carnadiano², debe subrayarse que la recepción de la filosofía académica en el Renaci-

2. Distintos estudiosos del escepticismo académico clásico han planteado que *πιθανόν* debe ser traducido como *persuasivo* y no como *probable* (Bett 1990, 5; Allen 1994, 89).

miento se produjo fundamentalmente a través de los *Academica* de Cicerón, donde el término fue traducido por *probabile*. En consecuencia, dado que “Cicerón tradujo *πιθανόν* como *probabile*, a la larga la teoría de Carnéades fue considerada una forma de probabilismo” (Chiesara 2007, 69s). Por tanto, a la hora de rastrear la impronta del escepticismo académico en Sánchez nos inclinaremos por la interpretación ciceroniana, dado que el contacto de Sánchez con los escépticos se produjo a través de su obra.

Los pirrónicos, contrariamente, sostuvieron, respecto a la epistemología, que no es posible dilucidar si el sujeto puede o no poseer conocimiento, de forma que el escéptico debe encaminarse hacia una suspensión del juicio (*epoché*) seguida de una inextinguible búsqueda del saber. En efecto, la *epoché* constituye la respuesta del pirrónico ante nuestras limitaciones para acceder al conocimiento. En consecuencia, para el pirrónico, la propuesta del escepticismo académico no será sino una forma de dogmatismo, pues al sostener que no es posible conocer nada verdaderamente se estará realizando una *afirmación negativa*:

aun cuando también dicen [los Académicos] que todo es inaprehensible, posiblemente difieran de los escépticos [pirrónicos] en eso mismo de decir que todo es inaprehensible. Ellos, en efecto, hacen de eso una afirmación tajante, mientras que el escéptico mantiene sus dudas de que pudiera ser también que algo fuera aprehensible (Sexto Empírico 1993, 128 [I, 226]).

Aquí se evidencia un primer rasgo distintivo que permite discernir entre la epistemología pirrónica y la académica. Ahora bien, se percibe una segunda diferencia en relación con la propuesta ética de cada escuela escéptica. No debe olvidarse que las filosofías helenísticas tenían como principal meta la conquista de la felicidad, por lo que epistemología y ética constituyeron dimensiones indisolubles para los escépticos. En este sentido, los pirrónicos fueron los primeros en plantear que, ante el desafío epistemológico que concluía con la *epoché*, era preciso disponer de una ética que permitiera obtener la felicidad en la medida humanamente posible. Es aquí donde Pirrón plantea los conceptos de *apatheia* (impasibilidad) y *ataraxia* (imperturbabilidad) como aquellos que deben guiar las acciones de los escépticos puesto que “la felicidad para Pirrón [...] consistía pues en vivir en un estado de absoluta impassibilidad respecto del mundo exterior” (Chiesara 2007, 12). En suma, dado que el pirrónico no puede dar su asentimiento a opinión alguna, su

felicidad será producto de su capacidad para desapegarse de las alteraciones emocionales.

Frente a esta concepción ética, los académicos de corte carnediano criticarán que la *epoché* pirrónica conduzca al problema de la *apraxia*, esto es, a una imposibilidad para determinar el modo en que se debe actuar y que, en última instancia, implicaría la absoluta irresolución del sujeto³. Es aquí donde el probabilismo académico se postula como una solución a dicha parálisis en tanto que el criterio de lo probable permite al sujeto tomar decisiones –si bien siempre sujetas a error y revisión. Así, es precisamente el criterio probabilista aquello que permite la acción ética:

Efectivamente, también ese que por vosotros es introducido como sabio sigue muchas cosas probables, no aprehendidas, ni percibidas, ni asentidas, pero verosímiles. Si él no las aprobara, la vida entera se destruiría (Cicerón 1990, 70 [II, 99]).

Se evidencia, pues, cómo los escépticos académicos proponen un enfoque ético guiado por la necesidad de vivir, para lo que se requiere de un conocimiento a fin de conducir la vida del mejor modo posible. El error se dará en la toma de decisiones, pero mayor error sería la absoluta irresolución del sujeto.

Por tanto, nos encontramos ante dos propuestas éticas que difieren del mismo modo en que lo hacen sus proyectos epistemológicos. A partir de estas divergencias entre escuelas se procederá al análisis del escepticismo sancheziano con el propósito de determinar a cuál de ellas pertenece en mayor grado.

3. UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA LECTURA ACADÉMICA DE SÁNCHEZ

En las últimas décadas la interpretación de Sánchez como un escéptico académico ha adquirido progresivamente fuerza frente a la aproximación pi-

3. Los escépticos pirrónicos propusieron soluciones al problema de la *apraxia*. En este sentido, encontramos el argumento planteado por Sexto Empírico, según el cual el pirrónico utiliza las apariencias como el criterio de acción en la vida, por lo que se dispondría de una guía que permitiría la resolución de problemas de orden vital. Para un análisis más exhaustivo de los argumentos empleados por Sexto Empírico contra el argumento de la *apraxia* véase: Grgić (2016).

rrónica que incluso los propios coetáneos de Sánchez habían hecho de él. En este sentido, los principales argumentos esgrimidos a fin de elaborar una consistente lectura académica de Sánchez han sido propuestos por Popkin (1979), Limbrick (1988), Castelli (2001) y Buccolini (2017). Mi intención a este respecto es articular una síntesis del argumentario empleado a fin de evidenciar la consistencia de la interpretación académica de Sánchez.

En líneas generales, buena parte de los argumentos que se han esgrimido para determinar el carácter escéptico de Sánchez se han construido a partir de su *Que nada se sabe* (1581) en tanto que es en esa obra donde se aborda de forma pormenorizada el estatuto epistemológico del conocimiento humano. Así, Popkin sostiene, como primer argumento, que el propio título “*Que nada se sabe*” ya sitúa a Sánchez en la línea del escepticismo académico. El motivo de ello residiría en que, según se ha expuesto, los pirrónicos clásicos sostenían que no era posible realizar aserción alguna en la medida que dicha afirmación presupone la existencia efectiva de conocimiento, por lo que la única salida no-dogmática era la suspensión del juicio. En este sentido, el rubro “*Que nada se sabe*” supone realizar una afirmación negativa, esto es, una aserción en la que se afirma la ausencia de algo –en este caso, de conocimiento. Es por ello que, para Popkin, aquí se encuentra “el más maduro dogmatismo negativo de los académicos” (Popkin 1983, 79). El pirrónico no se encontrará nunca en disposición de afirmar ni que tenemos conocimiento, ni que no poseemos conocimiento alguno; por lo que su única opción es la suspensión del juicio (*epoché*). En consecuencia, los pirrónicos “no podían aceptar la teoría positiva del conocimiento ni la conclusión definitiva de *quod nihil scitur*” (Popkin 1983, 79), por lo que este rubro solo tendría cabida dentro de un escepticismo académico.

Un segundo argumento construido sobre el QNS es el propuesto por Castelli (2001) y que apela a las similitudes existentes respecto a las estrategias argumentales de Carnéades y Sánchez. Es sabido que el filósofo de Tui estuvo en contacto con los *Academica* de Cicerón, donde se exponían los planteamientos teóricos de Carnéades y ejemplos de su práctica argumental. Esta conexión permitiría mostrar cómo el proceder y el objetivo de ambos sería el mismo: evidenciar la inconsistencia de todos los posicionamientos posibles a fin de concluir que no es posible saber nada de forma segura. Es conocido el estilo empleado contra el estoicismo del que hacía gala Carnéades y por el que se tomaban “premisas propias de la doctrina estoica para mostrar que de ellas se sigue un absurdo, una conclusión que contradice los preceptos estoicos” (Castelli 2001, 11). En este sentido, el argumento del

sorites, “el sofisma que permite pasar insensiblemente de una cosa a su contraria” (Brunschiwig y Lloyd 2000, 629), era el arma con la que se exponían las inconsistencias de una doctrina, pues, pese a constituir razonamientos viciosos, representaban una forma de reducción al absurdo planteada contra las pretensiones estoicas. Sánchez se servirá de esta misma práctica en el *QNS* a fin de “mostrar la incapacidad de su oponente para escapar de la incoherencia y las contradicciones” (Castelli 2001, 14). La práctica argumental consistirá, así, en evidenciar la inconsistencia de cualquier doctrina con el objetivo de probar que “nada se sabe”. Una muestra de este proceder se encuentra en la crítica que el filósofo de Tui elabora contra la filosofía peripatética:

Pero volvamos a Aristóteles. No puede excusarse. Arriba decía que la de los primeros principios es ciencia, pero indemostrable. En otro lugar llama al conocimiento de los primeros principios entendimiento, no ciencia. Mal dicho, pues si se tuviera conocimiento de éstos, como de los demás, sería perfecta ciencia. Mas ahora, no teniéndose de ellos, tampoco se tiene de aquellas cosas de las cuales son estos principios. De donde se sigue que nada se sabe (Sánchez 1972, 66).

Se evidencia, así, la existencia de una profunda similitud en los recursos argumentales de los que se sirven Carnéades y Sánchez de forma que se podría apuntar a una herencia de la dialéctica carnediiana en el Tudense.

Por lo que hace al resto de argumentos empleados, los intérpretes se han servido de otras importantes obras de Sánchez posteriores al *QNS* con el propósito de evidenciar que el escepticismo académico fue un posicionamiento filosófico con el que Sánchez se comprometió indefectiblemente toda su vida. De este modo, un tercer argumento que ha sido utilizado de forma recurrente es el que podemos denominar *argumento del disfraz de Carnéades*. Sánchez escribió una carta-consulta al matemático Cristóbal Clavius en el año 1589 con el propósito de cuestionar el estatuto firme y seguro del conocimiento matemático. Para ello, el Tudense dirige una misiva en la que se presenta bajo el pseudónimo de “*Carneades philosophus*” (Iriarte 1940). Esta declaración ha sido tomada por los intérpretes como una señal evidente del carácter académico de su escepticismo, pues Carnéades fue uno de los representantes más insignes de esta escuela. El contacto que Sánchez pudo tener con el pensamiento carnediiano probablemente se produjo a través de los *Academica* de Cicerón, donde se muestra un Carnéades que esgrime argumentos contra la certeza de las matemáticas que pudieron servir de inspiración a Sánchez (Cicerón, II, 116-8). Se evidencia, así, que el hecho de

presentarse bajo ese pseudónimo supone una decisión calculada que implica un cierto conocimiento del escepticismo académico carnediano. Asimismo, no debe olvidarse que esta referencia Carnéades también permitiría enmarcar y definir mejor el escepticismo del que se sirve el QNS dado que:

la carta a Clavio fue escrita durante el periodo en que Sánchez se encontraba muy dedicado a reescribir y pulir el manuscrito del *Quod nihil scitur* y, por ello, se puede asumir como un reflejo de su actitud escéptica de Sánchez en aquel momento (Limbrick 1988, 78).

Cabe destacar, por otro lado, que Limbrick ha presentado otro argumento similar fundamentado en el comentario que Sánchez realiza al *De pulsibus ad tyrones* de Galeno, pues aquí el filósofo de Tui se refiere a su práctica médica como “Academicorum more” (Sánchez 1636, 606). Esta alusión se entendería, así, como un reconocimiento explícito de su adhesión a la escuela académica y a las prácticas médicas que se derivan de sus principios como son el “no afirmar nada y disfrutar de una libertad de elección” (Limbrick 1988, 79). Parecería, por tanto, que estas alusiones explícitas de Sánchez permitirían enmarcarlo en el escepticismo académico. En este punto es importante incidir en que, si bien los términos “pirrónico”, “escéptico” o “académico” fueron empleados por muchos autores del siglo XVI de forma indistinta, esta postura no fue unívoca. Ciertamente, también hubo multitud de filósofos renacentistas como Bruno o Montaigne que distinguieron entre ambas formas de escepticismo (Bermúdez 2018, 204-6). En este sentido, la inclinación que Sánchez manifiesta al referir únicamente a la escuela académica parecería evidenciar que él disponía de un conocimiento claro de las tesis principales de esta escuela.

Un quinto argumento es el que ha propuesto Buccolini (2017) y que se circunscribe a la importancia de que dispone el conocimiento probable en las distintas obras de Sánchez. En efecto, la apuesta por el probabilismo representa uno de los signos de identidad más característicos del escepticismo académico –tanto en la noción de *pythanon* como en la *probabilitas* de Cicerón. A este respecto, se ha subrayado que en el QNS y en las obras médicas de Sánchez se recogen y emplean en múltiples ocasiones términos como: “*probabilis*’ (*probabilius*’, *probabilior*’, *probabiles rationes*’), *probabilitatis*’, *verisimilis*’ (*verisimilius*’, *verisimile*’), y *verisimilitudinis*” (Buccolini 2017, 4). Ejemplos como los siguientes dan cuenta de ello:

Es probable que comience en el tumor en crecimiento, que está contenido en otro por venir, y por lo tanto ello ocasione el acceso de fiebre (Sánchez 1636, 635).

Finalmente, debido a que muchos niños tienen cálculos en la vejiga que no les producen dolor alguno de riñón [...] es probable que nazca en la vejiga (Sánchez 1636, 166).

Así pues, se evidencia cómo la epistemología sancheziana se fundamenta sobre un probabilismo heredero del escepticismo académico. En palabras de Buccolini, “Sánchez quiso proponer un nuevo modelo de razón y prueba empírica (*ratione, probationeque*) en el que las conjeturas (*conjectura*) reemplazaban el conocimiento (*scientia*)” (Buccolini 2017, 10). Si bien no disponemos de un conocimiento perfecto, sí nos podemos servir de un conocimiento probable que implicará una constante perfectibilidad y revisión del mismo. Se opone a esta concepción epistemológica la del pirrónico, que no podría aceptar la existencia de este tipo de conocimiento y que incluso tildaría de dogmáticos a quienes defendiesen esta posibilidad. Se vislumbra en este punto cómo el compromiso con un probabilismo invalidaría un Sánchez pirrónico. La imposibilidad de lograr un conocimiento perfecto no conduce a Sánchez a la suspensión del juicio, sino a una apuesta por un conocimiento probable que posibilite la acción del sujeto en el mundo –evitando el problema de la *apraxia*.

Limbrick ha ahondado en este argumento al analizar la praxis médica de Sánchez expuesta en su *Opera medica* (1636) como un producto de este probabilismo que lo aproximaría a los académicos. Ciertamente se observa que, para el filósofo de Tuy, “cuando se trataba de realizar el diagnóstico de una enfermedad, él examinaba las evidencias y seguía aquello que parecía más probable” (Limbrick 1988, 79). Por ejemplo, ante un problema de salud como son los cálculos de la vesícula, Sánchez considera que *probablemente* estos se originan en la vejiga (Sánchez 1636, 166). Recordemos que uno de los principales rasgos de los académicos era su interés por evitar cualquier forma de irresolución, para lo que se servían tentativamente de un conocimiento meramente probable a fin de evitar la *apraxia*. La tarea del médico sería, por tanto, irreconciliable con una *epoché* como la defendida por los pirrónicos dada la imperiosa necesidad de actuar que tiene el galeno:

El médico no puede ser un escéptico; él debe operar, debe ser un facultativo experto trabajando sobre la base de los datos de los sentidos (*sensualis artifex*)

[...] Un médico escéptico, contrariamente, nunca se esforzaría por enseñar a nadie su arte y nunca actuaría” (Buccolini 2017, 8).

El escepticismo académico, por tanto, provee “del marco epistemológico general en el que el arte de la medicina se debe situar” (Lupoli 2009, 155) a fin de garantizar una práctica médica bien fundamentada. De este modo, se evidencia cómo el probabilismo constituiría un rasgo íntimamente ligado a la praxis médica de Sánchez y que este compromiso con el conocimiento probable constituye uno de los argumentos más potentes para defender el carácter académico de su escepticismo.

Por último, encontramos el que podemos denominar *argumento de las fuentes escépticas* que apela a aquellas obras de filósofos escépticos con las que Sánchez pudo tener contacto y que pudieron ser relevantes en su desarrollo intelectual. En primer lugar, se debe reseñar el hecho de que no se encuentra en la obra de Sánchez referencia alguna a Sexto Empírico, mientras que sucede lo contrario con escépticos académicos. Por ejemplo, se localizan en Sánchez distintas alusiones a obras de Cicerón como los *Academica*, el *De Divinatione* o el *De Natura Deorum*. Ciertamente es difícil concluir con certeza, a partir de este hecho, que Sánchez no tuviera contacto alguno con los pirrónicos –tal y como se expondrá en el próximo apartado, otros intérpretes han defendido dichos contactos–, aunque la ausencia completa de referencias a Sexto Empírico se puede considerar un buen indicio de ello. Tal y como pone de manifiesto Buccolini, la impronta que los académicos tienen sobre Sánchez genera un evidente impacto sobre el argumentario del que se sirve. Por ejemplo, existen evidencias (Buccolini 2017, 12) de que Sánchez emplea los argumentos de Cicerón para criticar las posturas de Aristóteles en su *De divinatione per somnum* (1585).

Por otra parte, se ha sostenido que Galeno conforma otra importante fuente del escepticismo académico sancheziano. La proximidad entre los planteamientos de la escuela empírica de medicina y el escepticismo académico permitirían conjugar ambas posiciones. Galeno constituye, pues, una fuente intelectual que introduce el probabilismo propio de los académicos en el ámbito de la medicina. Por tanto, para Sánchez, Galeno conformaría el ejemplo de cómo elaborar “una forma de conocimiento que combine el razonamiento empírico, la inducción y la conjetura” (Buccolini 2017, 3), esto es, el modelo de cómo proyectar el escepticismo sobre la praxis médica.

En definitiva, existen evidencias consistentes que permitirían enmarcar al Tundense en el escepticismo académico. Destacan como argumentos especialmente

fuertes el probabilismo y la interpretación sobre el título de la obra dado que, no solo parecen encajar plenamente en las tesis académicas, sino que invalidarían una posible aproximación pirrónica.

4. UNA RECONSTRUCCIÓN DE LA LECTURA PIRRÓNICA DE SÁNCHEZ

La recepción de la obra de Sánchez en la Modernidad tendió a presentar al filósofo de Tui como un importante adalid del escepticismo pirrónico. Distintas referencias permiten probar este hecho. En primer lugar, es conocida la descripción incluida en el *Dictionnaire historique et critique* (1697) de P. Bayle, en el que se presenta a Sánchez como “un gran pirrónico” (Bayle 1697, 1004). En segundo lugar, G. Naudé en su *Advis pour dresser une bibliothèque* (1644) sitúa en Sexto Empírico y Sánchez la tarea escéptica de cuestionar las ciencias. Por otro lado, según ha puesto de manifiesto Orden Jiménez (2012, 24), el grabado con el que se decora la portada del *Tractatus philosophici* (1649) reflejaría cómo contextualmente Sánchez fue visto como un heredero del pirronismo. Así pues, la lectura del filósofo de Tui como un continuador del escepticismo de Sexto Empírico constituye la interpretación que ha tenido mayor recorrido histórico. Mi propósito es articular una aproximación que aúne los distintos argumentos que Senchet (1904), Carvalho (1981), Naya (2008, 2009) y Caluori (2007, 2018) han ofrecido para probar el carácter pirrónico de Sánchez a fin de evidenciar la consistencia de esta lectura.

A este respecto, la línea pirrónica ha planteado una serie de críticas contra la interpretación académica de Sánchez con objeto de mostrar que su lectura dispone de una mayor consistencia. La primera de ellas ha defendido que, aunque Sánchez se “disfrazara” de Carnéades o empleara la expresión “Academicorum more”, ello no implica que él realmente se enmarcara conscientemente en el escepticismo académico. El principal motivo es que en el siglo XVI existía una vaguedad conceptual respecto a los términos “escéptico”, “Académico” y “Pirrónico” por la que estos se percibían “más o menos sinónimos” (Caluori 2018, 262). Ciertamente, Schmitt (1972) ha puesto de manifiesto que estos términos se utilizaban en el siglo XVI de forma intercambiable, por lo que parecería que no disponían de un sentido específico. En consecuencia, si el significado de estos términos era equivalente, ello restaría cualquier relevancia a cómo Sánchez se presentara, pues el uso de esos términos no definiría realmente su posicionamiento escéptico. Un segundo argumento que se ha esgrimido contra la interpretación académica incide en

que el término “probable” dispone de escasa relevancia en la obra de Sánchez. Caluori (2007) sostiene que, si esta fuera una noción tan importante como presupone la aproximación académica, esta debería tener una sustancial presencia en su propuesta filosófica. No obstante, Sánchez solo la emplea tres veces en el *QNS*, por lo que no puede considerarse que este tenga una especial relevancia. Así pues, ante las limitaciones de Sánchez académico, se plantea la necesidad de una lectura alternativa que pueda dotar de un significado unitario al escepticismo del Tudense.

Respecto a la interpretación pirrónica, un primer argumento que ha esgrimido Caluori (2018) refiere al significado del adagio sancheziano “Que nada se sabe” donde se rechaza la interpretación académica de esta máxima. Desde la óptica de Caluori, Sánchez no realiza una afirmación sobre nuestra incapacidad para disponer de conocimiento sino que simplemente constata la ignorancia propia de la condición humana. A este respecto, un fragmento del *QNS* que parece aportar evidencia textual de este hecho:

Ni siquiera sé que nada sé [...] Sea esta proposición mi bandera; ésta se debe seguir: *Nada se sabe*. Si supiere probarla, concluiría con razón que nada se sabe; si no supiere, mejor todavía, pues tal es lo que afirmo (Sánchez 1972, 39).

En consecuencia, Sánchez “niega que él pueda probar la verdad de la aserción que él no sabe nada” (Caluori 2018, 261). No se trataría, por tanto, de una afirmación negativa en el sentido académico, pues no existe certeza alguna de que esta máxima sea realmente verdadera. Es más, el propio rechazo de Sánchez a realizar cualquier afirmación sobre lo que es conocido o ignorado nos dirige hacia el proceder pirrónico. Recuérdese que para el pirronismo era una práctica habitual sostener la suspensión del juicio frente a la ignorancia dogmática. De hecho, ¿el “Quid?” que sirve como marca del escepticismo sancheziano y con el que concluye su *QNS* no es una afirmación sino una pregunta, lo que indica que su filosofía no concluye con una aserción que permita salir de la *epoché*.

Esta relectura en clave pirrónica del apotegma sancheziano permite a su vez plantear un segundo argumento que se puede bautizar como *argumento del quehacer filosófico*. Ciertamente, dado que Sánchez no puede afirmar nada en sentido positivo o negativo, Caluori (2007) sostiene que su tarea como filósofo se centrará en la “búsqueda de la verdad”. Se plantean, así, dos perspectivas ante la verdad: “mientras los filósofos académicos afirman que esta no puede ser descubierta, los escépticos pirrónicos continúan con su

búsqueda” (Caluori 2007, 38). En este sentido, debe subrayarse que Diógenes Laercio, cuya obra fue conocida por Sánchez, describía el quehacer de los pirrónicos como una práctica preocupada por “inquirir siempre la verdad, escéptica por el examinar siempre y jamás concluir en un descubrimiento” (Diógenes Laercio 2007, 490 [IX, 69]). Esta descripción parece encajar plenamente con la tarea asumida por el filósofo de Tuy, pues como él mismo reconoce:

No por eso, sin embargo, te prometo absolutamente la Verdad, ya que la ignoro como todo lo demás; pero la buscaré en la medida en que pueda. Tú mismo la perseguirás, una vez que sea de alguna manera descubierta y sacada de su escondrijo. Pero no esperes atraparla nunca ni poseerla a sabiendas; bástete lo mismo que a mí: acosarla. Este es mi objetivo, éste es mi fin; éste es también el que tú debes buscar (Sánchez 1984, 59).

Por tanto, el quehacer filosófico de Sánchez parecería comprometerse con la actividad propia del pirrónico, encaminada a una perpetua búsqueda de la verdad y en la que, pese a no encontrarla nunca, jamás podrá afirmar que esta no existe.

Un tercer argumento en conexión a estos dos ha sido planteado por Senechet (1904) y Naya (2008). Según este último, Sánchez, del mismo modo en que hacían los pirrónicos clásicos, desarrolla su filosofía en el *QNS* a partir de la “suspensión del juicio” (*epoché*). La estrategia del Tudense consiste en servirse de tropos o “esquemas argumentativos destinados a crear la isostenia y la suspensión del juicio” (Naya 2008, 118). Tal y como defendían pirrónicos como Sexto Empírico, ante las limitaciones del ser humano para disponer de conocimiento, la *epoché* representaba la única alternativa posible. A este respecto, encontramos un buen ejemplo de esta *epoché* en el “Prefacio al lector” con el que Sánchez introduce su *QNS*:

“Entonces me encerré dentro de mí mismo y poniéndolo todo en duda y en suspenso, como si nadie en el mundo hubiese dicho nada jamás, empecé a examinar las cosas en sí mismas” (Sánchez 1972, 33s).

El escéptico académico no se planteaba en ningún caso el ejercicio de la *epoché* porque ello, en última instancia, conducía al conocido problema de la *apraxia*. En consecuencia, el hecho de que Sánchez ejercitara una suspensión del juicio supondría un argumento fuerte para defender el carácter pirrónico de su escepticismo, pues un académico no se serviría de este recurso. En definitiva,

se evidencia cómo la postura del pirronismo –entendida “no como una teoría, sino más bien como una postura de suspensión y de investigación” (Bermúdez 2018, 205)– aparentemente reflejaría el proceder filosófico de Sánchez.

Por último, intérpretes como Senchet (1904), Carvalho (1981) o Naya (2008) han planteado una relectura del *argumento de las fuentes escépticas* a fin de probar la herencia intelectual de Sánchez respecto a las ideas escépticas de Sexto Empírico y Galeno. Es preciso incidir en que sin este contacto con los pirrónicos difícilmente Sánchez se habría podido servir de los argumentos y procedimientos pirrónicos para elaborar su QNS. Así pues, los intérpretes han analizado profusamente qué tipo de contacto pudo tener con estos autores.

A este respecto, el primer pirrónico con el que se han intentado trazar conexiones ha sido Sexto Empírico. El principal problema al que estos intérpretes han tenido que hacer frente es a la completa ausencia de alusiones a Sexto Empírico o su obra –mientras que estas referencias a los escépticos académicos sí son explícitas. La cuestión a dirimir es si realmente pudo existir un contacto pese a esta ausencia de referencias. En este sentido, se han argüido dos razones que probarían este contacto. En primer lugar, se sospecha que Sánchez muy probablemente tuvo contacto con Gentian Hervet, traductor de la obra de Sexto Empírico, pues este fue profesor en el Collège Guyenne en un periodo que pudo coincidir con la etapa de Sánchez como estudiante (Comparot 1984, 29). En segundo lugar, distintos intérpretes observan una profunda semejanza entre los argumentos de los que se sirve Sánchez y los de Sexto Empírico. Ejemplo de ello serían los argumentos empleados por Sánchez en su Carta a Clavio donde se cuestiona la autoridad de las demostraciones matemáticas de modo análogo a como Sexto Empírico hizo en su *Adversus mathematicos* –cuya traducción elabora Hervet. Otra evidencia de este contacto es la que establece Naya entre la *skepsis* de Sexto Empírico y el *examen rerum* al que se alude en el QNS (Sánchez 1984, 197):

Este *examen rerum*, una traducción apropiada del término *skepsis* tal y como lo empleó Sexto, no es más que la *contemplatio* que Sánchez practica desde el principio de su libro [...] esta *skepsis* no tiene fin y siempre debe ser reaplicada a sí misma (Naya 2009, 27).

Así, parecen existir evidencias argumentales consistentes sobre las que se podría defender que la obra de Sexto Empírico tuvo una impronta sobre el escepticismo de Sánchez (Naya 2008, 118).

Finalmente, Caluori (2007) ha sostenido la tesis de que otro posible contacto con el pirronismo pudo producirse a través de la obra de Galeno. Tal y como se ha expuesto en el apartado anterior, el oficio de médico que Sánchez desempeñó a lo largo de su vida entrañó un profundo contacto con la obra del médico de Pérgamo. Galeno fue un insigne representante de la tradición Empírica cuyas máximas procedimentales de tipo empirista estaban “íntimamente relacionadas con el escepticismo pirrónico” (Caluori 2007, 41). Algunos intérpretes afirman que esta conexión con el pirronismo se entrevé en el antiteoreticismo de los empíricos (Hankinson 2008, 172), que rechazaban las grandes explicaciones teóricas y defendían el contacto con las cosas mismas como fuente de conocimiento –cuestión que parecería encajar con el proceder de Sánchez. Un ejemplo de estas conexiones entre empíricos y pirrónicos lo encontraríamos en Sexto Empírico, quien, según ha sostenido Deichgräber (1965), se habría enmarcado en la escuela empírica de medicina –tal y como parecería indicar el sobrenombre “Empírico”. Esta lectura de Galeno incide, así, en aquellos aspectos de su empirismo que son compatibles con una interpretación pirrónica de Sánchez y que permitirían servir de inspiración filosófica a Sánchez y además una muestra de cómo encajar su praxis médica con la propuesta filosófica del QNS.

Una vez articulada la aproximación pirrónica a la filosofía sancheziana, se observa que esta propuesta dispone de una importante solvencia interpretativa. En este sentido, podemos considerar que los argumentos más potentes serían el del quehacer filosófico y el de la *epoché*, dado que son rasgos propios del pirronismo que no tienen cabida dentro de un escepticismo académico.

5. NUEVOS ARGUMENTOS EN FAVOR DE UNA INTERPRETACIÓN ACADÉMICA DE SÁNCHEZ

Una vez se han articulado las líneas principales de cada interpretación parecería que la lectura pirrónica de Sánchez permite una mejor conjugación de los rasgos de su escepticismo. Sin embargo, mi propósito es formular nuevos argumentos con los que evidenciar cómo la interpretación académica del escepticismo sancheziano constituye la alternativa más sólida. Para ello, iniciaré este apartado exponiendo dos graves insuficiencias de las que adolece la interpretación pirrónica. Posteriormente se responderá a las críticas realizadas desde la óptica pirrónica y se mostrará cómo la supuesta *epoché* efectuada por Sánchez tiene cabida dentro de una aproximación académica.

Tal y como se ha apuntado con anterioridad, existe evidencia textual que parece mostrar cómo en el QNS se efectúa una suspensión del juicio. Ahora bien, si este fragmento efectivamente indicara el compromiso con la *epoché*, debería existir a su vez en Sánchez una preocupación por la imperturbabilidad vital (*ataraxia*) y por la impasibilidad (*apatheia*). Ciertamente, los pirrónicos concebían que, ante la incapacidad para juzgar la realidad, la conducta moral de los hombres debía regirse por estos principios para “no dejarse alterar por el mundo exterior tal y como nos lo representan los sentidos [...] hasta el punto de no experimentar nada, ni siquiera placer o dolor” (Chiesara 2007, 28). En este sentido, el problema surge en tanto que Sánchez nunca refiere a la búsqueda de la imperturbabilidad ni de la impasibilidad, sino que este parece más preocupado por la conquista de una vida feliz (*vita beata*) producto de las acciones de los sujetos. Así, en *Sobre la duración y brevedad de la vida*, Sánchez alude al papel de las pasiones como motor de la felicidad:

“No obstante, lo que tanto Aristóteles como Galeno, en los lugares citados, y algunos otros nos manifiestan, es claro que las pasiones del alma mucho influyen en que la vida sea feliz o infeliz” (Sánchez 1982, 26).

En ningún caso se defiende la búsqueda de la *ataraxia* o la *apatheia*, sino que a Sánchez le guía una preocupación por la vida feliz. No se puede argüir a este hecho que el médico de Tui se desentendiera de los asuntos morales en el QNS dado que hallamos distintas alusiones a este tipo de problemáticas:

Así pues, si nuestro joven quiere saber algo, es preciso que estudie permanentemente, que lea todo lo que se ha dicho y lo confronte con las cosas mediante los experimentos, hasta el final de su vida. ¿Hay algo más mísero que este género de vida? ¿Algo más infeliz? Pero ¿por qué he dicho ‘género de vida’? Más bien es un género de muerte, como antes decía. ¿Quién quieres entonces que se someta a una vida tan llena de calamidades? (Sánchez 1984, 247).

Por tanto, dada la importancia que los pirrónicos concedían a la conexión entre *epoché*, *apatheia* y *ataraxia* (Sartorio Maulini 1996, 37s), la ausencia de una *apatheia* y una *ataraxia* que complementen la *epoché* desde el plano de las acciones morales evidenciaría una importante inconsistencia de un Sánchez pirrónico. Asimismo, es importante recordar que los académicos rechazaban la suspensión del juicio pirrónica y concebían que, en asuntos relativos a la moral, había que guiarse por el criterio probabilista (*pythanon*) sin acudir

a la imperturbabilidad o a la impasibilidad –hecho que parece mejor encajar con las evidencias textuales.

Una segunda crítica se puede realizar contra el *argumento de las fuentes escépticas* planteado por la aproximación pirrónica. La ausencia de referencias directas a Sexto Empírico representa uno de los talones de Aquiles de esta lectura, pues sin el contacto con esas fuentes es difícil sostener un Sánchez pirrónico. En este sentido, todos los argumentos que se han elaborado a fin de asegurar ese contacto con la obra de Sexto Empírico no dejan de ser circunstanciales, pues en ningún caso existe la misma garantía que la que ofrece una alusión directa –como sucede en el caso de los académicos. Con todo, se ha defendido la posibilidad de que Galeno pudo haber sido el transmisor de los planteamientos pirrónicos. Este argumento se sustenta en la supuesta conexión entre la escuela Empírica y el pirronismo. Ahora bien, existen una serie de contra-argumentos que permiten rebatir esa presunta conexión.

En primer lugar, es conveniente recordar que el propio Galeno siempre fue un eminente crítico del escepticismo, dado que consideraba que “sus mayores enemigos filosóficos [...] [eran] los Escépticos, tanto los Académicos como los Pirrónicos” (Lloyd 2008, 43). Así, el médico griego presenta en distintas obras como el *De sectis* o el *De optimo modo docendi* un posicionamiento radicalmente anti-escéptico y elabora distintas críticas contra pirrónicos y académicos (De Lacy 1991, 286s). Ejemplo de ello es la conocida defensa que Galeno hace de la noción de causa frente en los ataques escépticos en su *De causis procatartictis*. Por tanto, Galeno no puede servir como una fuente primaria del escepticismo –aunque sí parece posible rastrear en su obra el influjo de determinados conceptos escépticos como el de *pythanon*.

Un segundo argumento para rechazar esta conexión lo encontramos en el propio Sexto Empírico, pues en sus *Hipotiposis pirrónicas* sitúa a los pirrónicos junto a la escuela Metódica y a los académicos junto a la escuela Empírica. Afirma, así, que al pirrónico “mejor le podía ir abrazar la llamada ‘corriente metódica’” (Sexto Empírico 1993, 132 [I, 236-7]) en tanto que ambas comparten el anti-dogmatismo. En consecuencia, la práctica médica de Sánchez se encontraría en las coordenadas de los empíricos. Asimismo, no cabe plantear una interpretación de Sánchez como un metódico, pues la praxis médica del filósofo de Tui difiere radicalmente de sus planteamientos. Por ejemplo, los metódicos rechazaban la existencia de tratamientos genéricos y comunes para todos. Sin embargo, si acudimos a los dos últimos capítulos de *Sobre la duración y la brevedad de la vida*, se observa cómo Sánchez los dedica a plantear una dieta que sea aparentemente beneficiosa para todos los hombres

–hecho que encaja con uno de los ejes de la praxis médica empírica: el “paso a lo semejante”⁴.

En suma, parecen existir suficientes evidencias como para cuestionar la consistencia de los contactos que Sánchez pudo tener con las obras pirrónicas –no así con los académicos, cuyas alusiones son explícitas. En este punto ofreceré nuevos argumentos en favor de una lectura académica de Sánchez que permitan, además, hacer frente a las críticas planteadas por la aproximación pirrónica. Así, el primer argumento refiere al lema sancheziano “Que nada se sabe”. Ciertamente el problema que se ha planteado entre las dos interpretaciones reside en que, según se ha expuesto, este adagio puede interpretarse en dos sentidos: que “nada puede saberse” (académico) o que “no sabemos si algo podría saberse” (pirrónico). A este respecto, ciertas evidencias textuales parecerían inclinarnos hacia la lectura pirrónica de Caluori, pues Sánchez afirma, a propósito de esta expresión, que realmente no sabe si esa afirmación es cierta ya que se trata de una simple conjetura (*conietor*):

Ni siquiera sé esto: que no sé nada. Sospecho [*Conietor*], sin embargo, que ni yo ni los otros. Sea mi estandarte esta proposición, que aparece como la que debe seguirse: nada se sabe. Si supiera probarla, concluiré con razón que nada se sabe; si no supiera, tanto mejor, pues eso era lo que afirmaba (Sánchez 1984, 63).

Ello implicaría que el sentido de esta expresión se produce en un sentido pirrónico en tanto que no afirma de forma negativa que nadie sabe, sino que se trata de una conjetura que podría ser tanto verdadera como falsa. Aparentemente, la imposibilidad para poder determinar la veracidad de la conjetura nos dirigiría hacia una lectura pirrónica del adagio. Pese a ello, sostengo que Sánchez dedica el *QNS* a corroborar la hipótesis de que “Nada se sabe”, lo que permitirá enmarcarlo en una concepción académica. En efecto, si atendemos a la propia estructura del libro podemos observar cómo Sánchez parte de una hipótesis que desea demostrar: que nada sabemos. Para ello, se dedica a analizar en cada capítulo supuestas muestras de conocimiento que, una tras otra, se muestran como insuficientes lo que, en última instancia, le permite demostrar su hipótesis:

4. Los empíricos “trataban de resaltar que sus tratamientos no tenían otra base que los buenos resultados obtenidos en casos parecidos; y que no se basaban en ningún tipo de deducción teórica, universalmente válida” (Gallego y Muñoz 1993, 32).

[...] así ahora me parece ignorar, y cada día más [...] la cosa ha llegado hasta el punto de que me doy cuenta de que nada se sabe, ni me cabe la esperanza de que se pueda llegar a saber y, cuanto más observo la realidad, más dudo (Sánchez 1984, 251).

Por tanto, no se trata, como ha sostenido Limbrick, de que el QNS “comience con la aserción dogmática de que nada se sabe” (Limbrick 1988, 69) pues Sánchez no realiza una afirmación, sino que plantea una conjetura que se debe comprobar a fin de poder convertirse en una afirmación. Para ello, la demostración desarrollada en el QNS expone la imposibilidad de satisfacer cualquiera de las condiciones que toda ciencia precisa (“cosa que se ha de saber”, “conocimiento” y “perfecto”). Su análisis va suprimiendo progresivamente las posibilidades que tenemos de conocer, lo que, en última instancia, permite dudar de cada una de las fuentes de conocimiento. En consecuencia, será en la conclusión del libro, una vez se dispone de la demostración, donde Sánchez sostenga por medio de una *afirmación negativa*, propia del escepticismo académico, que no sabemos nada:

Al llegar a este punto, parece que queda expuesta nuestra definición, y *que queda demostrado, en consecuencia, que nada se sabe*. Las restantes pruebas de esta cuestión las verás más ampliamente en el desarrollo de nuestras obras, donde de paso lo pondremos siempre de relieve, toda vez que este discurso parece haberse extendido ya más que suficientemente como para ponerle fin (Sánchez 1984, 259).

Así pues, el fragmento utilizado para defender una lectura pirrónica sería también susceptible de ser reinterpretado. Es cierto que Sánchez sostiene, inicialmente, que no sabe si sabemos algo. Ahora bien, a fin de llevar a cabo una investigación, propone su hipótesis (“Que nada se sabe”) y dedica gran parte del QNS a verificarla.

A partir de esta relectura del adagio “Que nada se sabe” es posible ofrecer un nuevo argumento para reinterpretar, desde el escepticismo académico, el problema de la búsqueda de la verdad. Ciertamente se había planteado por intérpretes como Caluori que, sobre la práctica de la *epoché*, la tarea epistemológica de Sánchez era la búsqueda incesante de la verdad propia de los pirrónicos. Sin embargo, sostengo que esta indagación debe interpretarse en conexión con la hipótesis que Sánchez trata de demostrar en el QNS. En efecto, la tarea que busca acometer Sánchez no es una simple indagación de

la verdad, sino una demostración de que no poseemos los medios para poder gozar de un conocimiento perfecto:

No por eso, sin embargo, te prometo absolutamente la Verdad, ya que la ignoro como todo lo demás; pero la buscaré en la medida en que pueda. Tú mismo la perseguirás, una vez que sea de alguna manera descubierta y sacada de su escondrijo. Pero no esperes atraparla nunca ni poseerla a sabiendas; bástete lo mismo que a mí: acosarla. Este es mi objetivo, éste es mi fin; éste es también el que tú debes buscar (Sánchez 1984, 59).

Ese conocimiento perfecto es el que nunca se podrá atrapar –tal y como se demuestra en el QNS–, por lo que únicamente podemos “acosarla”, esto es, tratar de aproximarnos a ella lo más posible (conocimiento probable). El propio Sánchez alude a estas dos formas de conocimiento que denomina “conocimiento perfecto” y “conocimiento imperfecto”:

Por último, divide todos los conocimientos en dos. Uno es el perfecto, mediante el cual una cosa es percibida y entendida por todas partes, por dentro y por fuera; éste constituye la ciencia, a la que ahora deseáramos poner en armonía con los hombres, aunque ella no se deja. El otro es el imperfecto, mediante el cual se aprehende una cosa de cualquier modo y de la manera que sea; éste es el que nos resulta familiar, si bien es mayor o menor, más claro o más oscuro, en una palabra, está repartido en diversos grados, según la variedad de los ingenios humanos (Sánchez 1984, 171).

Por tanto, la búsqueda de Sánchez tiene el propósito de evidenciar que la ciencia, definida como “conocimiento perfecto de una cosa” (Sánchez 1984, 107), está absolutamente alejada de nuestras facultades y que hemos de buscar un conocimiento meramente probable (conocimiento imperfecto). Esta distinción entre formas de conocimiento supondrá un aspecto esencial en mi lectura de Sánchez como un académico.

A partir de aquí se puede plantear un tercer argumento para defender el carácter académico del escepticismo sancheziano. Desde la óptica pirrónica, la impronta del probabilismo en la filosofía de Sánchez es tan escasa que es considerada un aspecto epistemológico irrelevante en el QNS. Con todo, sostengo que la escasa alusión al probabilismo es resultado de los propios objetivos filosóficos del QNS. Sánchez tiene el propósito de mostrar cómo es imposible para los humanos acceder a un conocimiento perfecto, para lo que dedica la mayor parte de la obra a la *pars destruens*. Una vez queda demostrada la imposibilidad de la ciencia, Sánchez inicia su *pars construens* donde

efectivamente afirma que disponemos de un conocimiento imperfecto –tesis que contradice una interpretación pirrónica. Para ello, dedica el resto del *QNS* a analizar las fuentes epistemológicas con las que se adquiere este conocimiento imperfecto. Esta forma de conocimiento –fundada en el recurso a la experiencia– será la que Sánchez emplee en su práctica médica expuesta en su *Opera medica* y donde se servirá de un fuerte probabilismo. La *pars construens* la componen, por tanto, todos los tratados científicos en la medida en que suponen la generación de un conocimiento que se articula adecuadamente con el posicionamiento del *QNS*. En consecuencia, a fin de valorar correctamente la impronta del probabilismo se debe evaluar el conjunto de la *pars construens*, donde sí se pone de manifiesto un fuerte compromiso con el probabilismo.

A través de estas críticas al pirronismo y de los nuevos argumentos en favor de la aproximación académica, considero que queda probada la mayor consistencia de un Sánchez académico. La síntesis de los distintos argumentos posibilita, así, articular una interpretación unitaria del proyecto filosófico y científico del Tudense.

6. CONCLUSIÓN

Una vez analizadas las distintas aproximaciones al escepticismo de Sánchez se advierte cómo la interpretación académica dispone de una mayor consistencia que la pirrónica. No solo los argumentos planteados desde la óptica académica poseen una mayor evidencia textual, sino que las principales razones esgrimidas por la lectura pirrónica han podido ser reinterpretadas e incorporadas dentro de la aproximación académica. Asimismo, debemos recordar que se han planteado una serie críticas que ponen de manifiesto las limitaciones de la lectura pirrónica como son la ausencia en Sánchez de *apatheia* o *ataraxia*, junto a la debilidad del supuesto contacto de Sánchez con las fuentes pirrónicas.

Sánchez se erige, así, como un escéptico académico que propone una suerte de método inductivo como la mejor alternativa epistemológica ante la imposibilidad del hombre para disponer de un conocimiento perfecto (*scientia*). Este método permitirá, tal y como ha señalado Mellizo (1975), dotarnos de un conocimiento imperfecto:

El método inductivo experimental recomendado por Sánchez (y al que, insisto, se alude aquí muy brevemente) se encuentra, por tanto, con un sinfín de dificultades [...]. Pero nuestro autor no tuvo escrúpulo en reconocer las deficiencias de su propio método, porque estimó que, pese a sus limitaciones, era *el único capaz de aproximarlo a un conocimiento más a tono con las exigencias de la realidad* (Mellizo 1975, 218).

Si bien el conocimiento construido será falible, este será el mejor de que dispongamos, el único que nos permitirá afrontar los retos planteados por la realidad –tal y como la ética carnediana sostenía.

En definitiva, un Sánchez académico nos permite articular una interpretación unitaria de su proyecto filosófico y científico que no sería posible desde una óptica pirrónica. En efecto, la praxis médica y el compromiso con el probabilismo que se observan en el médico de Tui son irreconciliables desde el pirronismo. No olvidemos que Sánchez pertenecía a la tradición del humanismo médico donde filosofía y ciencia conformaban un entramado unitario, pues se concebía “la filosofía como una preparación necesaria para el estudio de la medicina” (Siraisi 1987, 97). Esta unidad se preservaría a lo largo del siglo XVI pues, tal y como señala Siraisi, “los conceptos filosóficos continuaron formando parte de las discusiones médicas” (Siraisi 2007, 6). En consecuencia, parece dudoso que pueda ser correcta una interpretación como la pirrónica –donde los proyectos científico y filosófico son antagónicos. El Tudense se muestra, así, como un precursor de la Modernidad donde su escepticismo le libera del compromiso con los Antiguos a fin de poder estudiar las cosas mismas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLEN, J. (1994). “Academic Probabilism and Stoic Epistemology”. *The Classical Quarterly*, 44 (1), pp. 85-113.
- BAYLE, P. (1697). *Dictionnaire historique et critique (vol. II)*. Rotterdam. Reinier Leers.
- BERMÚDEZ VÁZQUEZ, M. (2018). “El problema de las fuentes escépticas en el Renacimiento: el caso del *Quod nihil scitur* de Francisco Sánchez”. *Estudios filosóficos (Univ. Antioquia)*, 60, pp. 203-15.
- BERMÚDEZ VÁZQUEZ, M. (2013). *La fuerza de la duda: Francisco Sánchez, el escéptico*. Dyonisianum.

- BETT, R. (1990). "Carneades' distinction between assent and approval". *The Monist*, 73 (1), pp. 3-20.
- BRUNDSCHWIG, J., LLOYD, G. (2000). *Diccionario Akal del saber griego*. Madrid. Akal.
- BUCCOLINI, C. (2017). "The philosophy of Francisco Sanchez: Academic Skepticism and Conjectural Empiricism", en Junqueira Smith, P., Smith, C. (eds.). *Academic Scepticism in the Development of Early Modern Philosophy*, Cham, Springer, pp. 1-24.
- CALUORI, D. (2018). "Francisco Sanchez: A Renaissance Pyrrhonist against Aristotelian Dogmatism" en Machuca, D., Reed, B. (eds). *Skepticism. From Antiquity to the Present*, London, Bloomsbury, pp. 260-70.
- CALUORI, D. (2007). "The scepticism of Francisco Sanchez", *Archiv für Geschichte der Philosophie*, 89 (1), pp. 30-46.
- CARVALHO, J. (1981). *Obra completa*. Lisboa. Fundação Calouste Gulbenkian.
- CASTELLI, P. (2001). *Dualismo y conocimiento posible en la obra de Francisco Sánchez*. Tesis de licenciatura. Universidad de Buenos Aires.
- CHIESARA, M. L. (2007). *Historia del escepticismo griego*. Madrid. Siruela
- CICERÓN, M. T. (1990). *Cuestiones académicas*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- COMPAROT, A. (1984). *Il n'est science de rien*. París. Klincksieck.
- De LACY, P. (1991). "Galen's Response to Skepticism", *Illinois Classical Studies*, 16(1/2), pp. 283-306.
- DEICHGRÄBER, K. (1965). *Die griechische Empirikerschule*, Berlin. Weidmannsche Verlagsbuchhandlung.
- DIÓGENES LAERCIO (2007). *Vidas de los filósofos ilustres*. Madrid. Alianza Editorial.
- FLORIDI, L. (1995). "The Diffusion of Sextus Empiricus's Works in the Renaissance". *Journal of the History of Ideas*, 56 (1), pp. 63-85.
- GALLEGO, A., MUÑOZ, T. (1993). "Introducción" en *Esbozos pirrónicos*, Madrid, Gredos, pp. 7-50.
- GRGI, F. (2016). "Apraxia, Appearances, and Beliefs: The Pyrrhonists' Way Out". *Croatian Journal of Philosophy*, XVI (48), pp. 441-58.
- HANKINSON, R.J. (2008). "Epistemology" en Hankinson, R. J. (ed.). *The Cambridge Companion to Galen*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 157-83.
- IRIARTE, J. (1940). "Francisco Sánchez, el escéptico disfrazado de Carnéades, en discusión epistolar con Cristobal Clavio", *Gregoriana*, 21, pp. 413-45
- LIMBRICK, E. (1988). "Introduction" en *That Nothing is Known*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-88.
- LLOYD, G.E.R. (2008). "Galen and his contemporaries" en Hankinson, R. J. (ed.). *The Cambridge Companion to Galen*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 34-48.

- LUPOLI, A. (2009). “*Humanus Animus Nusquam Consistit*: Doctor Sanchez’s Diagnosis of the Incurable Human Unrest and Ignorance” en Paganini, G., Maia Neto, J. R. (eds.). *Renaissance Scepticisms*, Doderdrecht, Springer, pp. 149-82.
- MAIA NETO, J. R. (1997). “Academic Scepticism in Early Modern Philosophy”. *Journal of the History of Ideas*, 58 (2), pp. 199-220.
- MELLIZO, C. (1975). “La preocupación pedagógica de Francisco Sánchez”, *Cuadernos salmantinos de filosofía*, 2, pp. 217-30.
- NAYA, E. (2009). “Renaissance Pyrrhonism: A Relative Phenomenon” en Paganini, G., Maia Neto, J. R. (eds.). *Renaissance Scepticisms*, Doderdrecht, Springer, pp. 13-32.
- NAYA, E. (2008). “Francisco Sánchez: le médecin et le scepticisme expérimental” en Dupèbe, Giacone et al. (eds.). *Esculape et Dionysos: mélanges en l’honneur de Jean Céard*, Genève, Droz, pp. 111-30.
- ORDEN JIMÉNEZ, R.V. (2012). *Francisco Sánchez, el escéptico: breve historia de un filósofo desenfocado*. Madrid. Fundación Ignacio Larramendi.
- POPKIN, R.H. (1983). *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*. México. Fondo de Cultura Económica.
- SÁNCHEZ, F. (1984). *Quod nihil scitur*. Madrid. CSIC.
- SÁNCHEZ, F. (1982). *Sobre la duración y la brevedad de la vida*. Tuy. Imprenta Guardesa.
- SÁNCHEZ, F. (1972). *Que nada se sabe*. Madrid. Espasa-Calpe.
- SÁNCHEZ, F. (1636). *Opera medica*. Toulouse. Petrum Bosc.
- Sartorio MAULINI, R. (1996). “Introducción” en *Hipotiposis pirrónicas*, Madrid, Akal, pp. 7-78.
- SCHMITT, C.B. (1983). “The Rediscovery of Ancient Skepticism in Modern Times” en Burnyeat, M. (ed.). *The Skeptical Tradition*, Berkeley, University of California Press, pp. 225-52.
- SCHMITT, C.B. (1972). *Cicero Scepticus. A study of the influence of the Academia in the Renaissance*. The Hague: Martinus Nijhoff.
- SENCHET, E. (1904). *Essai sur la méthode de Francisco Sanchez*. Paris. V. Giard & E. Brière.
- SEXTO EMPÍRICO (1993). *Esbozos pirrónicos*. Madrid. Gredos
- SIRAI, N.G. (2007). *History, Medicine, and the Traditions of Renaissance Learning*. Michigan. University of Michigan Press.
- SIRAI, N.G. (1987). *Avicenna in Renaissance Italy: The Canon and Medical Teaching in Italian Universities After 1500*. Princeton. Princeton University Press.

